



GIBRÁN KHALIL GIBRÁN

El Profeta



Fundación Ediciones

Clío

DR. JORGE FYMARK VIDOVIC LÓPEZ
TRADUCCIÓN, EDICIÓN Y PRÓLOGO

El Profeta

Gibran Kahlil Gibran

TRADUCCIÓN, EDICIÓN Y PRÓLOGO:

DR. JORGE FYMARK VIDOVIĆ LÓPEZ

Titulo del libro: El Profeta

Nombre del autor: Gibran Kahlil Gibran

Diseño: Sara Elena Vidovic Chourio

Diagramación: Sara Elena Vidovic Chourio

ISBN: 978-980-451-073-1

DEPÓSITO LEGAL: ZU202500232



Ediciones
Clío

Ediciones Clío

Julio de 2025

Índice

<i>Prólogo</i>	5
<i>La llegada</i>	7
<i>El amor</i>	13
<i>El matrimonio</i>	16
<i>Los hijos</i>	18
<i>Dando</i>	20
<i>Comeriendo y bebiendo</i>	23
<i>El trabajo</i>	25
<i>La alegría y la pena</i>	28
<i>Las casas</i>	30
<i>La ropa</i>	34
<i>Comprando y vendiendo</i>	35
<i>El crimen y el castigo</i>	35
<i>Las leyes</i>	37
<i>La libertad</i>	43
<i>La razón y la pasión</i>	45
<i>El dolor</i>	47
<i>El conocimiento de sí mismo</i>	48
<i>La enseñanza</i>	50
<i>La amistad</i>	51
<i>Hablar</i>	53
<i>El tiempo</i>	55
<i>El bien y el mal</i>	56
<i>La muerte</i>	60
<i>La despedida</i>	62

Prólogo

La figura de Gibran Kahlil Gibran constituye un referente ineludible para comprender el diálogo entre Oriente y Occidente en el tránsito del siglo XIX al XX. Nacido en la pequeña aldea de Bisharri, en el Líbano, su trayectoria vital refleja la tensión de todo migrante: la raíz y el desarraigo, la memoria y la reconstrucción de la identidad. Desde su niñez marcada por la pobreza en el seno de una familia maronita hasta su traslado a Estados Unidos, Gibran llevó consigo un bagaje cultural que impregnó su obra y alimentó su vocación artística y espiritual .

Su paso por la Escuela elemental de Bisharri, y el contacto con saberes transmitidos por su abuelo y por la comunidad, forjaron en él la sensibilidad de un artista precoz. Pintura, poesía y reflexión filosófica convergieron en su espíritu desde edades tempranas, anticipando la amplitud de su legado. A los once años, cuando su familia emigró a Boston, comenzó un proceso de adaptación y transformación que lo llevaría a escribir en inglés, sin abandonar nunca el árabe que seguiría nutriendo su imaginación y su palabra.

En 1898, de regreso temporal a Beirut, Gibran profundizó en su formación intelectual y espiritual. Frecuentó instituciones religiosas y académicas como el Bayt al-Hikma, donde absorbió influencias maronitas, islámicas y occidentales. Allí maduró el germen de su obra más célebre, *El Profeta*, cuya gestación se prolongaría varios años hasta consagrarlo como uno de los autores más leídos y citados de la literatura espiritual moderna. Su estilo se consolidó en esos años, dotado de una elegante sobriedad y una visión universalista del ser humano .

Gibran supo armonizar las corrientes místicas del cristianismo, el islam, el judaísmo y la filosofía en una propuesta humanista que apelaba a la fraternidad, el amor y la libertad interior. Así, en muchos de sus poemas y ensayos se advierte un mensaje que trasciende religiones y credos, como el que

un sentido de la belleza vinculado al amor universal y a la trascendencia. Bushrui y Jenkins destacan la impronta de Marrash en la concepción amorosa y solidaria de Gibran, especialmente en el uso de metáforas fluidas que evocan el fluir de la vida y de la conciencia . Ese lirismo se manifiesta en versos como: “Que los vientos de los cielos bailen entre ustedes”, cargados de simbolismo .

La trascendencia de Gibran no se limita a sus versos o a sus parábolas espirituales. Fue también un artista plástico de notable talento, cuyas obras se expusieron en Boston, París y Nueva York, y que algunos críticos llegaron a comparar con Auguste Rodin y William Blake. Esta faceta menos divulgada de su personalidad amplía la comprensión de su genio creador, que integra lo pictórico y lo literario en una misma vocación humanista .

Este libro que ahora presentamos recoge el espíritu esencial de Gibran: la búsqueda de sentido en un mundo fragmentado. Sus palabras nos invitan a reimaginar nuestra pertenencia al género humano desde la empatía, el respeto y la aceptación del otro. Quizá por eso sigue vigente, pues nos recuerda la potencia transformadora del amor cuando se concibe como espacio de libertad y no como imposición .

El lector hallará aquí no solo la voz de un poeta, sino la brújula de un visionario que quiso tender puentes entre Oriente y Occidente. Su obra sigue abriendo horizontes en el siglo XXI, alentándonos a trascender fronteras materiales y espirituales, con la certeza de que solo el conocimiento mutuo y el respeto recíproco pueden sustentar la paz verdadera.

La Fundación Ediciones Clío, en su compromiso constante con la divulgación del pensamiento universal y el fomento de la lectura crítica, se honra en presentar esta obra como un puente entre culturas, generaciones y saberes. Confiamos en que la voz de Gibran Kahlil Gibran inspire a cada lector a cultivar la fraternidad, la empatía y la belleza que residen en la palabra.

La llegada

Almustafá, el elegido y el amado, quien era un amanecer en su propio tiempo, había esperado doce años en la ciudad de Orfalís a la nave que viniera a llevarlo a la isla de su nacimiento.

Y en el duodécimo año, en el séptimo día de Lelool, el mes de la cosecha, subió la colina, fuera de las murallas de la ciudad, y miró hacia el mar; y vio la nave viniendo con la neblina.

Entonces, las puertas de su corazón se abrieron de par en par, y su alegría voló lejos sobre el mar. Cerró los ojos y oró en el silencio de su alma.

Pero al descender la colina, una tristeza lo envolvió, y pensó en su corazón:

¿Cómo puedo partir en paz y sin pena?

No, no me iré de esta ciudad sin una herida en el alma. Largos fueron los días de dolor que viví tras sus murallas, y largas las noches de soledad.

¿Y quién puede dejar atrás el dolor y la soledad sin remordimiento?

Demasiados fragmentos de mi espíritu he esparcido por estas calles,
y demasiados son los hijos de mi anhelo que deambulan desnudos por estas colinas.

No puedo alejarlos de mí sin una carga, sin un dolor.
No es una prenda la que me quito hoy,

sino una piel que arranco con mis propias manos.

sino un corazón endulzado por el hambre y la sed.

Pero ya no puedo demorarme.

El mar, que llama a todos de vuelta a sí mismo, también me llama a mí, y debo embarcar.

Quedarme, aunque las horas ardan en la noche,
es congelarse y cristalizarse, y quedar atrapado en el moho.

Tengo deseos de llevar conmigo todo lo que está aquí.
Pero ¿cómo podría hacerlo?

Una voz no puede llevar la lengua y los labios que le dan alas.

Sola ha de buscar el éter.

Y sola, sin nido, volará el águila hacia el sol.

Cuando llegó al pie de la colina, miró de nuevo hacia el mar,

y vio que su nave se acercaba al puerto,

y en la proa estaban los marineros, hombres de su propia tierra.

Entonces su alma les gritó:

¡Hijos de mi antigua madre,
ustedes, jinetes de las mareas!

¡Cuántas veces han navegado en mis sueños!

Y ahora vienen en mi despertar, que es mi sueño más profundo.

Estoy listo para partir,

y mi impaciencia, como vela desplegada, aguarda al viento.

Sólo un suspiro más respiraré en este aire calmo,
sólo una última mirada cariñosa hacia atrás,
y entonces me uniré a ustedes,
marinero entre marineros.

solo tú eres paz y libertad para el río y el arroyo.
Solo una curva más hará este arroyo, solo un murmullo
más en este claro,
y entonces vendré a ti,
gota ilimitada en un océano sin fin.

Y mientras caminaba, vio desde lejos a hombres y mujeres
dejar sus campos y viñas,
y apresurarse hacia las puertas de la ciudad.
Y oyó sus voces llamarlo por su nombre,
gritando de campo en campo la llegada de la nave.

Y él se dijo a sí mismo:

¿Será el día de mi despedida también el día de nuestro
reencuentro?

¿Y se dirá que mi ocaso fue en verdad mi amanecer?

¿Y qué puedo dar a aquel que dejó su arado en el surco,
o a aquel que detuvo la rueda de su lagar?

Solo tú eres paz y libertad para el río y el arroyo.
Solo una curva más hará este arroyo, solo un murmullo
más en este claro,
y entonces vendré a ti,
gota ilimitada en un océano sin fin.

Y mientras caminaba, vio desde lejos a hombres y mujeres
dejar sus campos y viñas,
y apresurarse hacia las puertas de la ciudad.
Y oyó sus voces llamarlo por su nombre,
gritando de campo en campo la llegada de la nave.

Y él se dijo a sí mismo:

¿Será el día de mi despedida también el día de nuestro reencuentro?

¿Y se dirá que mi ocaso fue en verdad mi amanecer?

¿Y qué puedo dar a aquel que dejó su arado en el surco,
o a aquel que detuvo la rueda de su lagar? Vacío y oscuro
es el farol que levanto,
y será el Guardián de la Noche quien lo llene de aceite y
lo encienda.

Esto dijo con palabras.

Pero mucho quedó en su corazón sin pronunciarse,
pues ni él mismo podía expresar su secreto más profundo.

Y cuando entró en la ciudad, todo el pueblo salió a su
encuentro,
y le gritaban con una sola voz.

Y los ancianos de la ciudad se adelantaron y dijeron:

—No nos deje.

Ha sido un mediodía en nuestro crepúsculo,
y su juventud nos ha dado sueños para soñar.

Usted no es un extraño entre nosotros, ni un huésped,
sino nuestro muy amado hijo.

No permita que nuestros ojos tengan hambre de su rostro.

Y los sacerdotes y las sacerdotisas dijeron:

—Que las olas del mar no nos separen,
y que los años vividos entre nosotros no se vuelvan sólo
memoria.

Usted ha caminado entre nosotros como un espíritu,
y su sombra ha sido luz sobre nuestros rostros.

Mucho lo hemos amado,

pero nuestro amor era callado y cubierto con velos.

Ahora, sin embargo, nuestro amor grita y desea revelarse
ante usted.

Siempre ha sido así: el amor no conoce su propia profundidad
hasta la hora de la despedida.

Y otros también se acercaron a pedirle palabras.
Pero él no respondió.
Sólo inclinó la cabeza,

y quienes estaban cerca de él vieron sus lágrimas caer
sobre su pecho.

Entonces él y la gente avanzaron hacia la plaza frente al templo.

Y de entre el santuario salió una mujer llamada Almitra,
y era vidente.

Él la miró con profunda ternura,
pues fue ella quien primero lo buscó y creyó en él
cuando apenas llevaba un día en la ciudad.

Y ella lo saludó diciendo:

—Profeta de Dios, buscador de lo supremo,
por largo tiempo has mirado al horizonte esperando tu nave.

Y ahora ha llegado, y debes partir.

Profundo es tu anhelo por la tierra de tus memorias,
y el hogar de tus más grandes deseos.
Nuestro amor no te atará,
ni nuestras necesidades te retendrán.

Pero esto te pedimos antes de que partas:
háblanos, y comparte con nosotros tu verdad.

La daremos a nuestros hijos, y ellos a los suyos,

y así jamás morirá.

En tu soledad has contemplado nuestros días,
y en tu vigilia has oído el llanto y la risa de nuestros sue-
ños.

Por favor, revélanos lo que se te ha mostrado
acerca de aquello que habita entre el nacimiento y la
muerte.

Y él respondió:

—Gente de Orfalís,
¿De qué podría hablarles,

El amor

Entonces dijo Almitra:

—Háblanos del Amor.

Y él alzó la cabeza y miró a la multitud,
y un silencio cayó sobre todos.
Con voz firme y clara, respondió:

Cuando el amor os llame, seguidlo,
aunque sus caminos sean duros y escarpados.

Y cuando sus alas os envuelvan, doblegaos a él,
aunque la espada oculta entre sus plumas pueda heriros.

Y cuando os hable, creed en él,
aunque su voz pueda desbaratar vuestros sueños,
así como el viento del norte convierte el jardín en hoja-
rasca.

Porque, así como el amor os corona, también os crucifica.
Así como os hace crecer, también os poda.

Así como se eleva hasta vuestras copas
y acaricia las ramas más frágiles que tiemblan al sol,
también descenderá hasta vuestras raíces
y las sacudirá de su arraigo en la tierra.

Como espigas de trigo, el amor os cosecha.
Os apalea para desnudaros.
Os trilla para libraros de vuestra paja.
Os muele hasta dejaros blancos.
Os amasa hasta que seáis ágiles.
Y luego os entrega a su fuego sagrado,

y os transforma en pan sagrado para el festín de
Todas estas cosas harán el amor por vosotros,

para que podáis conocer los secretos de vuestro corazón,
y con ese conocimiento, os convirtáis
en un fragmento del corazón de la Vida.

Pero si, en vuestro temor, sólo buscáis la paz del amor,
el placer del amor,
las mieles del amor,
entonces más vale que cubráis vuestra desnudez
y os apartéis del sendero del amor.

Entrad, entonces, en un mundo sin estaciones,
donde reiréis, pero no todas vuestras risas,
y lloraréis, pero no todas vuestras lágrimas.

El amor sólo da de sí, y nada recibe sino de sí mismo.
El amor no posee, ni quiere ser poseído.
Porque al amor le basta con el amor.

Cuando améis, no debéis decir:

“Dios está en mi corazón”,
sino más bien:
“Estoy en el corazón de Dios.”

Y no penséis que podéis dirigir el curso del amor,
porque es el amor, si os halla dignos,
quien dirigirá vuestro curso.

El amor no tiene otro deseo
que el de alcanzarse a sí mismo en la plenitud.

Pero si amáis, y habéis de tener deseos,
que sean estos:

De disolveros en el amor y ser como un arroyo

De conocer el dolor de sentir demasiada ternura.
De ser heridos por la comprensión del amor.
De sangrar de buena gana y con alegría.

De despertaros al alba con el corazón alado,
y dar gracias por otro día de amor.

De descansar al mediodía y meditar
sobre el éxtasis del amor.
De volver al hogar al crepúsculo con gratitud,
y dormir con una plegaria en el corazón
por el ser amado,
y con un canto de alabanza en los labios.

El matrimonio

Entonces, Almitra habló otra vez:

—¿Qué nos dirás sobre el Matrimonio, Maestro?

Y él respondió, diciendo:

Nacisteis juntos, y juntos permaneceréis para siempre.
Estaréis juntos cuando las alas blancas de la muerte
esparzan vuestros días.
Sí, estaréis juntos aún en la silenciosa memoria de Dios.

Pero dejad que haya espacios en vuestra cercanía.
Y permitid que los vientos del cielo dancen entre vosotros.

Amaos el uno al otro,
pero no hagáis del amor una atadura.
Que sea, más bien,
un mar en movimiento entre las costas de vuestras almas.

Llenad el uno al otro vuestras copas,
pero no bebáis de una sola copa.

Daos de vuestro pan,
pero no comáis del mismo trozo.

Cantad y bailad juntos, y estad alegres,
pero que cada uno de vosotros sea independiente,
así como las cuerdas del laúd están solas,
aunque vibren con la misma música.

Dad vuestro corazón, pero no para que vuestro compañero
lo tenga,

porque sólo la mano de la Vida puede contener los corazones.

Y estad juntos, pero no demasiado juntos.
Porque los pilares del templo están separados,
y ni el roble crece bajo la sombra del ciprés,
ni el ciprés bajo la del roble.

Los hijos

Y una mujer que abrazaba a un bebé contra el pecho dijo:

—Háblanos de los Hijos.

Y él dijo:

Sus hijos no son sus hijos.

Son los hijos y las hijas del anhelo de la vida por sí misma.

Vienen a través de ustedes, pero no de ustedes.

Y aunque están con ustedes, no les pertenecen.

Pueden darles su amor, pero no sus pensamientos,
porque ellos tienen sus propios pensamientos.

Pueden albergar sus cuerpos, pero no sus almas,
pues sus almas habitan en la casa del mañana,
la cual ustedes no pueden visitar,
ni siquiera en sueños.

Pueden esforzarse por ser como ellos,
pero no intenten hacerlos a ellos como ustedes.
Porque la vida no retrocede, ni se detiene en el ayer.

Ustedes son los arcos desde los cuales sus hijos,
como flechas vivas, serán lanzados.

El arquero ve el blanco en el camino del infinito,
y con su poder los tensa a ustedes,
para que sus flechas puedan ir rápidas y lejos.

Que su flexión en manos del arquero sea motivo de alegría;
pues, así como él ama a la flecha que vuela,

también ama el arco que es firme.

Dando

Y entonces un rico dijo:
—Háblanos de Dar.

Y él respondió:
Das poco cuando das de tus posesiones.
Es cuando te das a ti mismo que de verdad estás dando.

Porque, ¿qué son tus posesiones,
sino cosas que guardas y vigilas por miedo
a necesitarlas mañana?

Y mañana,
¿Qué le traerá el mañana al perro demasiado precavido
que entierra huesos en la arena sin huellas,
mientras sigue a los peregrinos hacia la ciudad sagrada?

¿Y qué es el miedo a la necesidad,
sino la necesidad misma?
¿No es acaso la sed insaciable
tener miedo de la sed, aun cuando tu pozo está lleno?

Hay quienes dan poco de lo mucho que tienen,
y lo dan buscando reconocimiento;
su deseo oculto hace que sus dones estén incompletos.

Y hay quienes tienen poco, y lo dan todo.
Ellos creen en la vida y en la recompensa de la vida,
y su arca jamás está vacía.

Hay quienes dan con alegría, y esa alegría es su recompensa.

Y hay quienes dan con dolor, y ese dolor es su bautismo.

Y hay quienes dan sin sentir dolor ni buscar alegría, ni persiguen la virtud al dar;

ellos dan como el mirto en el valle,
que esparce su fragancia al viento.

Por las manos de estos, Dios habla,
y desde detrás de sus ojos él sonríe a la tierra.

Es bueno dar cuando te lo piden;
pero es mejor dar sin que te lo pidan, por puro entendimiento.

Y para aquellos que tienen las manos abiertas,
buscar a quien recibirá es una alegría aún mayor que dar.

¿Y acaso hay algo que quisieras retener?
Todo lo que ahora tienes será algún día entregado.

Así que da ahora, para que el acto de dar sea tuyo
y no de tus herederos.

Con frecuencia dices:

“Yo daría, pero sólo a quien lo merece.”

Los árboles de tu huerto no dicen eso,
ni tampoco el ganado en tus campos.

Ellos dan para vivir,
porque retener es morir.

Quien merece recibir sus días y noches,
merece también todo lo demás de ti.

¿Y qué desierto más grande puede haber
que aquel que está vacío del coraje y la fe
—y llamémoslo mejor caridad—
de recibir?

¿Y quién eres tú para exigir que los hombres desgaren su
pecho y revelen su orgullo,
para que puedas ver su mérito desnudo y su dignidad sin
máscara?

Primero mira si tú mismo eres digno de dar,
y si eres un instrumento del dar.
Porque, en verdad, es la vida la que da a la vida—
y tú, que te crees dador, no eres sino un testigo.

Y ustedes que reciben —y todos reciben—
no carguen con el peso de la gratitud,
para no poner un yugo sobre ustedes
ni sobre aquel que da.

Más bien, eleven juntos al dador con sus dones,
como en alas.

Porque ser excesivamente consciente de la deuda
es dudar de la generosidad de aquel
que tiene la tierra por madre y a Dios por padre.

Comiendo y bebiendo

Entonces un anciano, dueño de una posada, dijo:
—Háblanos de Comer y Beber.

Y él dijo:

¡Ojalá pudieras vivir alimentándote solo del aroma de la tierra,
y como una planta, sustentarte de la luz!

Pero, puesto que debes matar para comer,
y robarles la leche a los pequeños para calmar tu sed,
haz entonces que tu acto sea un acto de adoración.

Y que tu mesa sea un altar,
donde sean sacrificados los puros e inocentes del bosque
y del campo,
por lo más puro e inocente que habita dentro de ti.

Cuando mates a un animal, di en tu corazón:

*“Por el mismo poder que te da muerte,
yo también soy dado a la muerte;
y yo también seré consumido.
Porque la misma ley que hoy te entrega a mí,
mañana me entregará a una mano más poderosa.
Tu sangre y mi sangre no son más que savia
que alimenta el mismo árbol del cielo.”*

Y cuando aplastes una manzana con tus dientes, di en tu corazón:

*“Tus semillas vivirán en mi cuerpo,
y los brotes de tu mañana florecerán en mi corazón.*

Tu fragancia será mi aliento,

Y en el otoño, cuando recojas las uvas de tu viña para el lagar,
di en tu corazón:

*“Yo también soy una viña,
y mis frutos serán recogidos para el lagar,
y como el vino nuevo, seré guardado en toneles eternos.”*

Y en el invierno, cuando descorches el vino,
que haya en tu corazón una canción para cada copa;
y que esa canción lleve el recuerdo de los días del otoño,
de la viña, y del lagar.

El trabajo

Entonces un hombre del arado dijo:
—Háblanos del Trabajo.

Y él respondió, diciendo:

Trabajas para mantener el ritmo con la tierra
y con el alma de la tierra.

Porque permanecer inactivo es volverse extraño a las
estaciones,
y alejarse de la procesión de la vida,
que avanza con majestad y sumisión orgullosa hacia lo
eterno.

Cuando trabajas, eres una flauta
a través de cuyo corazón el susurro de las horas
se transforma en música.

¿Y quién de ustedes querría ser un junco mudo y silen-
cioso
cuando todo lo demás canta al unísono?

Pero también te digo:
cuando trabajas, estás realizando una parte del sueño más
profundo de la tierra,
un sueño que te fue asignado cuando ese sueño nació.

Y al trabajar con amor, verdaderamente estás amando la
vida.

Y amar la vida a través del trabajo
es estar íntimamente unido al secreto más profundo de la
vida.

Pero si en tu dolor llamas a tu nacimiento una desgracia,
y al sustento de tu carne una maldición grabada en tu frente,

podrá borrar lo que está escrito.

También te han dicho: “La vida es oscuridad”,
y en tu cansancio repites lo que dijeron los cansados.
Pero yo te digo:
La vida sí es oscuridad, salvo cuando hay impulso.
Todo impulso es ciego, salvo cuando hay conocimiento.
Todo conocimiento es vano, salvo cuando hay trabajo.
Y todo trabajo es vacío, salvo cuando hay amor.

Y cuando trabajas con amor,
te unes a ti mismo, a los demás, y a Dios.

¿Y qué significa trabajar con amor?

Significa tejer un paño con hilos sacados de tu corazón,
como si tu amado fuera a vestir ese paño.
Significa construir una casa con afecto,
como si tu amado fuera a habitarla.
Significa sembrar las semillas con ternura y cosecharlas
con alegría,
como si tu amado fuera a comer su fruto.

Significa impregnar todo lo que creas
con el aliento de tu propio espíritu,
y saber que los benditos muertos
están alrededor de ti y te observan.

Muchas veces he oído decir, como si estuvieras dormido:

*“El que trabaja con mármol y encuentra el alma en la
piedra
es más noble que el que ara la tierra.
Y el que plasma el arcoíris sobre un lienzo
es más que el que hace sandalias para nuestros pies.”*

Pero yo te digo,
no desde el sueño sino desde el pleno despertar del mediodía:

El viento no habla con más dulzura a los robles gigantes
que a la brizna más pequeña de hierba.

la voz del viento en una canción más dulce
por el amor que le ha puesto.

El trabajo es el amor hecho visible.

Y si no puedes trabajar con amor, sino solo con desgano,
mejor es que dejes tu trabajo,
y te sientes a la puerta del templo
a pedir limosna de quienes trabajan con alegría.

Porque si horneas el pan con indiferencia,
horneas un pan amargo que solo sacia a medias el hambre.

Y si aplastas las uvas con resentimiento,
tu lamento destilará veneno en el vino.
Y aunque cantes como los ángeles,
si no amas el canto,
ciegas el oído humano a las voces del día
y a las voces de la noche.

La alegría y la pena

Entonces una mujer dijo:
—Háblanos de la Alegría y la Pena.

Y él respondió:

Vuestra alegría es vuestra tristeza sin máscara.
Y el mismo manantial del que brota vuestra risa
ha estado muchas veces lleno con vuestras lágrimas.

¿Y podría ser de otra manera?
Cuanto más profundo penetra la tristeza en vuestro ser,
más alegría puede contener.

¿No es la copa que contiene vuestro vino
la misma que fue cocida en el horno del alfarero?
¿Y no es el laúd que deleita vuestro espíritu
la misma madera que fue ahuecada con cuchillos?

Cuando estéis alegres, mirad profundamente en vuestro
corazón,
y veréis que aquello mismo que os produjo dolor
es lo que ahora os da alegría.

Y cuando estéis tristes, volved a mirar en vuestro cora-
zón,
y veréis que lloráis por lo que antes fue vuestro deleite.

Ambas son inseparables.
Llegan juntas,
y cuando una se sienta con vosotros a la mesa,
recordad que la otra duerme en vuestra cama.
En verdad, estáis suspendidos como balanza

entre vuestra alegría y vuestra pena.
Solo cuando estáis vacíos, permanecéis

Cuando el tesorero os levanta para pesar su oro y su plata,
es necesario que vuestra alegría o vuestra pena
suban o bajen en la balanza.

Las casas

Entonces un albañil se adelantó y dijo:
—Háblanos de las Casas.

Y él respondió:

Antes de construir una casa dentro de los muros de la ciudad,
construye con tu imaginación un cenador en tierras salvajes.

Porque, aunque regreses al hogar cada tarde,
también el trotamundos que hay en ti regresa —
el siempre distante, el solitario.

Tu casa es tu cuerpo más grande.
Crece al sol y duerme en la quietud de la noche,
y no está exenta de sueños.

¿Tu casa no sueña también?
¿Y en sus sueños no vuela desde la ciudad hacia la arboleda o la cima?

¡Ah, si pudiera tomar vuestras casas en la mano,
como un sembrador esparce la semilla,
y esparcirlas por los valles y campos!
Que las calles fueran valles, y los callejones, senderos verdes,
para que os encontréis unos a otros entre las viñas,
con la fragancia de la tierra en vuestras vestiduras.

Pero ya no puede ser así.

Por miedo, vuestros antepasados os agruparon demasiado cerca,
y ese miedo perdura aún un poco más.

Por un tiempo más, vuestras paredes separarán vuestros hogares de vuestros campos.

Y decidme, pueblo de Orfalese,
¿qué tenéis realmente en vuestras casas?
¿Y qué es lo que guardáis tras puertas cerradas?

¿Guardáis la paz,
ese impulso callado que revela vuestra fuerza?
¿Guardáis recuerdos,
arcos de luz temblorosa que cruzan las cumbres de la mente?
¿Guardáis la belleza,
que brota del corazón de la madera y la piedra
y se extiende hasta la montaña sagrada?

¿O tan solo guardáis comodidad,
esa codiciada y sigilosa criatura
que entra como huésped, se convierte en anfitrión,
y termina siendo vuestro amo?

Sí, y se convierte en domador,
y con anzuelo y látigo convierte vuestros mayores anhelos
en muñecos.

Aunque sus manos son de seda, su corazón es de hierro.
Os adormece y luego se burla de la dignidad de vuestra carne,
convierte vuestros sentidos en objetos frágiles,
envueltos en plumas.

En verdad,
el deseo por la comodidad asesina la pasión del alma,
y luego camina sonriendo en su propio funeral.

Pero vosotros, hijos del espacio,
vosotros los inquietos incluso en el descanso,

No plegaréis vuestras alas para pasar por una puerta,
ni inclinaréis la cabeza para no golpear el techo,
ni temeréis respirar por si las paredes se derrumban.

No viviréis en tumbas construidas por los muertos para
los vivos.

Y aunque vuestras casas sean magníficas y espléndidas,
no guardarán vuestros secretos ni albergarán vuestros
sueños.

Porque lo ilimitado en vosotros
habita la mansión del cielo,
cuya puerta es la niebla del amanecer
y cuyas ventanas son las canciones y los silencios de la
noche.

No plegaréis vuestras alas para pasar por una puerta,
ni inclinaréis la cabeza para no golpear el techo,
ni temeréis respirar por si las paredes se derrumban.

No viviréis en tumbas construidas por los muertos para
los vivos.

Y aunque vuestras casas sean magníficas y espléndidas,
no guardarán vuestros secretos ni albergarán vuestros
sueños.

Porque lo ilimitado en vosotros
habita la mansión del cielo,
cuya puerta es la niebla del amanecer
y cuyas ventanas son las canciones y los silencios de la
noche.

La ropa

Y un tejedor dijo:
—Háblanos de la Ropa.

Y él respondió:

Tu ropa oculta mucho de tu belleza,
pero no puede ocultar lo que no es bello.

Y aunque buscas en la ropa libertad e intimidad,
puede que encuentres en ella un yugo y una cadena.

¡Ojalá pudieras encontrarte más a menudo con el sol y el viento,
con más piel y menos vestidura!
Porque el aliento de la vida es la luz del sol,
y la mano de la vida es el viento.

Algunos de vosotros decís:

“Es el viento del norte quien tejió la ropa que llevamos.”
Pero fue la vergüenza quien manejó el telar,
y la suavidad de vuestros tendones, el hilo.
Y cuando su obra estuvo hecha, rió en el bosque.

No olvidéis que la modestia es un escudo
contra la mirada impura.
Pero cuando ya no haya mirada impura,
¿Qué será entonces la modestia,
sino una atadura y una mancha en la mente?

Recordad que la tierra se goza al sentir vuestros pies descalzos.

Comprado y vendido

Y un comerciante dijo:
—Háblanos de Comprar y Vender.

Y él respondió:

La tierra os da su fruto,
y no os faltará si sabéis cómo llenar vuestras manos.

Es mediante el intercambio de los dones de la tierra
que encontraréis abundancia y quedaréis satisfechos.
Pero si el intercambio no es hecho con amor y con justicia,
entonces llevará a algunos a la avaricia y a otros al hambre.

Cuando estéis en el mercado,
y vosotros —los pescadores, los campesinos, los viñadores—
os encontréis con tejedores, alfareros y recolectores de especias,
invocad al espíritu maestro de la tierra,
para que esté entre vosotros
y bendiga las balanzas y los cálculos
que comparan valor con valor.

No permitáis que participen en vuestros tratos
aquellos de manos vacías,
los que venderían palabras por el trabajo de vuestros cuerpos.

A tales personas, decidles:

*“Ven con nosotros al campo,
o acompaña a nuestros hermanos al mar y lanza tus redes;*

pues la tierra y el mar serán tan generosos contigo como con nosotros.”

Y si vienen cantores, bailarines y flautistas,
comprad también sus dones.

Porque ellos también recolectan frutos e incienso,
y lo que ofrecen, aunque forjado en sueños,
es alimento y abrigo para vuestra alma.

Y antes de abandonar el mercado,
aseguraos de que nadie se haya ido con las manos vacías.
Porque el espíritu maestro de la tierra
no descansará en el viento
hasta que las necesidades de los más humildes entre vosotros se hayan satisfecho.

El Crimen y el Castigo

Y uno de los jueces de la ciudad dio un paso adelante y dijo:

«Háblanos del Crimen y del Castigo».

Y él respondió diciendo:

Es cuando tu espíritu vaga en el viento,
que tú, solo y sin protección, causas un daño a otros y por
eso a ti mismo.

Por ese mal cometido, debes tocar a la puerta de los ben-
ditos

y esperar un rato sin que te hagan caso.

Como el océano es tu dios—mismo;

permanece siempre no profanado.

Y como el éter, eleva solo a los alados.

Así como el sol es tu dios—mismo;

no conoce las formas del topo ni busca los agujeros de la
serpiente.

Pero tu dios—mismo no habita solo en tu ser.

Mucho de lo que está dentro de ti sigue siendo hombre, y mu-
cho ya no lo es,

sino un pigmeo amorfo que anda dormido en la neblina,
buscando su propio despertar.

Y es del hombre dentro de ti de quien ahora hablo.

Porque es él, y no tu dios—mismo ni el pigmeo en la
neblina,

quien sabe del crimen y del castigo del crimen.

Muchas veces he oído hablar de aquel que comete un
mal,

como si fuera un extraño, un intruso en su mundo.

Pero digo yo que, así como los santos y rectos no pueden

ubir más allá
de lo más alto que está dentro de cada uno de ustedes,
tampoco los malvados y los débiles pueden caer más bajo
que lo más bajo que habita en ustedes.

Como una hoja sola no se vuelve amacioso de todo el
árbol, así quien hace el mal no puede hacerlo sin la vo-
luntad oculta de todos ustedes.

Como en un desfile, ustedes avanzan juntos hacia sus
dioses—mismos.

Ustedes son el camino y los caminantes.

Y cuando uno de ustedes cae, cae para quienes están
detrás,
una advertencia de piedra tropezadora.

Sí, él cae para quienes están delante,
más rápidos y seguros en caminar, pero que no quitaron
la piedra.

Y esto también, aunque la palabra pese en sus corazones:
el asesinado no carece de responsabilidad por su propio
asesino,
y el robado no está totalmente libre de culpa por ser roba-
do.

El recto no es inocente de los actos del malvado,
y quien tiene las manos limpias no está libre de los actos
del criminal.

Sí, el culpable muchas veces es víctima del ofendido,
y con más frecuencia, el condenado lleva una carga sin
culpa.

No puedes separar a los justos de los injustos ni a los
buenos de los malvados,
porque permanecen juntos ante el sol, como el hilo negro
y el blanco entretejidos.

Y cuando se rompe el hilo negro, el tejedor examinará la tela blanca,
y también el telar.

Si alguno de ustedes culpa a la esposa infiel,
que también pese el corazón del esposo en la balanza,
y mida el alma de él con la misma vara.

Y que quien azotaría al delincuente observe el espíritu del ofendido.

Y si alguien castigara en nombre de la rectitud y diera hachazos al árbol malo,

y verá que las raíces del bien y del mal, lo provechoso y lo infructuoso,
están entrelazadas en el corazón silencioso de la tierra.

Y ustedes, jueces que anhelan justicia,
¿Qué juicio dictarán a aquel que, aunque honesto en la carne, es ladrón en el espíritu?
¿Qué pena impondrán a quien mata físicamente, pero es asesinado en su espíritu?
¿Y cómo procesarán a quien por acción es mentiroso y opresor,
pero también es víctima y apenado por la atrocidad?

¿Y cómo castigarán a aquellos cuyo remordimiento es mayor que sus actos malos?

¿No es acaso el remordimiento la justicia administrada por la misma ley que ustedes sirven?

Pero no pueden imponer remordimiento a los inocentes ni quitarlo del corazón del culpable.

Sin ser llamado, el remordimiento llama en la noche,
para que las personas puedan despertarse y mirarse a sí mismas.

Y tú, que intentas entender la justicia,
¿Cómo la comprenderás sino ves todos los actos bajo
toda la luz?

Solo entonces sabrás que los erigidos y los caídos
son solo un hombre en pie en el crepúsculo,
entre la noche de su pigmeo—mismo y el día de su
dios—mismo,
y que la piedra angular del templo no es más alta que la
piedra más baja de sus cimientos.

Las Leyes

Entonces un abogado dijo, «Pero, ¿Qué de nuestras leyes, maestro?»

Y él respondió:

Te encanta establecer las leyes,
pero te gusta aún más romperlas.
Como niños jugando junto al océano que construyen
torres de arena
con constancia y luego las destruyen con risa.

Pero mientras construyes tus torres de arena, el océano
trae más arena a la orilla, y cuando las destruyes, el océano
ríe contigo.

En verdad, el océano siempre se ríe con el inocente.

Pero, ¿Qué de aquellos para quienes la vida no es un
océano, y las leyes de los hombres no son torres de arena,
sino para quienes la vida es una piedra y la ley un cincel
con el que cincelan a sus propios semejantes?

¿Qué del lisiado que odia a los bailarines?
¿Qué del buey que ama su yugo y estima a los alces y
ciervos del bosque, perdidos y vagabundos?
¿Qué de la serpiente vieja que no puede mudar su piel y
llama a los demás desnudos y sinvergüenzas?

¿Y de aquel que llega temprano a la fiesta de bodas, y
cuando está harto y cansado se va diciendo que todas las
fiestas son violaciones
y que todos los que asisten a ellas quebrantan la ley?

¿Qué diré de ellos salvo que también se encuentran a la
luz del sol,
pero con las espaldas hacia el sol?

Y, ¿qué es el sol para ellos sino algo que proyecta sombras?

¿Y qué es reconocer las leyes sino agacharse y calcar sus sombras en la tierra?

Pero tú, que caminas con la frente hacia el sol,
¿Qué imágenes dibujadas en la tierra pueden detenerte?

Tú, que viajas con el viento,
¿Qué veleta te dirige el rumbo?

¿La ley de qué hombre te ata si rompes tu yugo, pero no entras en la cárcel de nadie?

¿De qué leyes tendrás miedo si bailas, pero no tropiezas con las cadenas de hierro de nadie?

¿Y quién es aquel que te lleva a juicio si te quitas tu ropa, pero no la dejas en el paso de nadie?

Gente de Orfalese, pueden silenciar el tambor y aflojar las cuerdas del laúd,
pero, ¿quién ordenará a la alondra que no cante?

La Libertad

Y un orador dijo, «Háblanos de la Libertad».
Y él respondió:

En la puerta de la ciudad y junto a tu chimenea te he visto postrarte y adorar tu propia libertad,
mientras esclavos se humillan ante un tirano y lo alaban,
aunque los mate.

Sí, en la arboleda del templo y en la sombra de la ciudadela,
he visto a los más libres de ustedes llevar su libertad como yugo y esposas.

Y mi corazón sangró por dentro;
porque solo se puede estar libre cuando el deseo de buscar la libertad
se vuelve un arnés, y cuando se deja de hablar de la libertad como meta y realización.

Estarás realmente libre no cuando tus días sean sin preocupación
ni tus noches sin deseo o pena,

sino cuando estos te ciñen la vida,
pero tú te elevas sobre ellos, desnudo y desatado.

¿Y cómo subirás más allá de tus días y noches
si no rompes las cadenas que tú mismo, en el amanecer
de tu entendimiento, te has impuesto al mediodía?

En verdad, lo que llamas libertad es la más fuerte de estas cadenas,
aunque sus eslabones brillen al sol y deslumbren tus ojos.

¿Y qué es sino fragmentos de ti mismo de los que deberías desprenderte para ser libre?

Si es una ley injusta que quieres abolir, esa ley fue escrita con tu propia mano en tu frente.

No puedes borrarla quemando libros de ley ni lavando la frente de tus jueces, aunque viertas el mar sobre ellos.

Y si es el déspota que quieres destronar, asegúrate primero de que el trono que erigió dentro de ti esté destruido.

Porque, ¿Cómo puede gobernar un tirano a los libres y orgullosos si no es por una tiranía en la libertad propia y una vergüenza en su orgullo?

Y si es una preocupación de la cual quieres liberarte, esa preocupación fue elegida por ti, no impuesta.

Y si es un miedo que deseas disipar, la raíz de ese miedo está en tu corazón, no en la mano de quien temes.

En verdad, todo se mueve dentro de tu ser en un constante abrazo:

lo deseado y lo temido, lo repugnante y lo amado, lo buscado y aquello de lo que huyes.

Estas fuerzas se entrelazan dentro de ti, como luces y sombras que se abrazan.

Y cuando la sombra se atenúa y desaparece, la luz que queda se convierte en sombra para otra luz.

Así tu libertad, al perder sus grilletes, se vuelve el grillete de una libertad mayor.

La Razón y la Pasión

Y la sacerdotisa habló otra vez y dijo:

«Háblanos de la Razón y la Pasión».

Y él respondió:

Tu alma muchas veces es un campo de batalla,
donde tu razón y tu juicio libran guerra contra la pasión y
el apetito.

¡Ojalá pudiera ser un pacifista en tu alma,
y convertir la discordia y rivalidad de tus elementos en
unidad y melodía!

Pero, ¿Cómo podría, si ustedes mismos no son pacifistas,
o mejor,
si no aman a todos sus elementos?

Tu razón y tu pasión son el timón y las velas de tu alma
marinera.

Si tus velas o tu timón están rotos, solo puedes sacudirte
y dejarte llevar a la deriva,
o quedarte quieto en medio del mar.

Porque la razón, si dicta sola, es una fuerza limitante;
y la pasión, sin control, es una llama que se consume
hasta su propia destrucción.

Por eso, deja que tu alma exalte tu razón a la altura de la
pasión, para que cante;
y que ella dirija tu pasión con juicio, para que ésta viva
su propia resurrección diaria, y como el fénix, renazca de
sus propias cenizas.

Claro que no honrarías a uno más que al otro,
porque quien presta más atención a uno pierde el amor y la
fe de ambos.

Entre las colinas, cuando estás sentado en la sombra fresca
de los álamos blancos,
intercambiando la paz y serenidad de campos y prados
lejanos—
que tu corazón diga en silencio, «Dios descansa con la
razón».

Y cuando llega la tormenta, y el viento poderoso sacude
el bosque,
y truenos y relámpagos proclaman la majestad del cielo—
que tu corazón diga en asombro, «Dios se mueve con la
pasión».

Y porque eres un aliento en la esfera de Dios,
y una hoja en el bosque de Dios,
también debes descansar en la razón y moverte con la
pasión.

El Dolor

Y una mujer habló, diciendo, «Háblanos del Dolor».

Y él dijo:

Tu dolor es el romper del caparazón que encierra tu entendimiento.

Como la cáscara de la fruta debe romperse para que su corazón pueda estar bajo el sol, así tú debes conocer el dolor.

Y si mantuvieras el asombro ante los milagros diarios de tu vida,
tu dolor no parecería menos maravilloso que tu alegría;
aceptarías las estaciones de tu corazón como siempre has aceptado
las estaciones que pasan sobre tus campos.

Y mirarías con serenidad los inviernos de tu dolor.
Mucho de tu dolor es elegido por ti mismo.
Es la pócima amarga que el médico dentro de ti usa para sanarte a ti mismo.

Por eso confía en el médico, y bebe su remedio en silencio y calma:
Porque su mano, aunque pesada y dura, es guiada por la mano cariñosa del “no visto”.

Y la taza que ofrece, aunque quema tus labios, está hecha de la arcilla
que el alfarero humedeció con Sus lágrimas sagradas.

El Conocimiento de Sí Mismo

Y un hombre dijo, «Háblanos del conocimiento de sí mismo».

Y él contestó, diciendo:

Sus corazones saben en silencio los secretos de los días y las noches,
pero tus oídos anhelan escuchar el conocimiento que habita en ellos.

Quieren saber en palabras lo que siempre han sabido en pensamientos,
tocar con los dedos el cuerpo desnudo de sus sueños.
Y es bueno que así sea.

El manantial oculto de tu alma debe levantarse y correr murmurando hacia el mar;

y el tesoro de tus profundidades infinitas será revelado a tus ojos.

Pero que no haya escalas para pesar tu tesoro desconocido;
no busques las profundidades de tu ser con bastón ni plomada,

porque el yo es un mar sin límite ni medida.

No digas: «He hallado la verdad», sino: «He hallado una verdad».

No digas: «He encontrado el camino del alma», sino: «He conocido al alma que camina en mi senda».

Porque el alma anda todos los caminos,
no camina en línea recta ni crece como un junco.

El alma se despliega como un loto de pétalos incontables.

La Enseñanza

Entonces dijo un maestro, «Háblanos de la Enseñanza».

Y él dijo:

Nadie puede revelarte nada sino aquello que ya está medio dormido
en el amanecer de tu conocimiento.

El maestro que camina en la sombra del templo, entre sus discípulos,
no ofrece su sabiduría sino su fe y su cariño.

Si realmente es sabio, no te pide que entres en la casa del saber,
sino que te guía al umbral de tu propia mente.

El astrónomo puede hablarte del espacio, pero no entregarte su entendimiento.

El músico puede cantarte el ritmo que habita en todo espacio,
pero no darte el oído que lo capta ni la voz que lo repite.

Y quien domina la ciencia de los números puede hablar de las medidas,
pero no puede conducirte hasta ellas.

Porque la visión de uno no presta alas a otro.

Y así como cada uno está solo en su conocimiento de Dios,
así debe estar solo en su conocimiento del mundo y de sí mismo.

La Amistad

Y un mozo dijo, «Háblanos de la Amistad».

Tu amigo es la resolución de tu necesidad.
Es tu campo que siembras con amor y cosechas con gratitud.
Es tu mesa y tu chimenea.

A él acudes con hambre y lo buscas para hallar paz.
Cuando tu amigo dice lo que piensa, no temes el «no» en tu mente,
ni ocultas el «sí».

Y cuando está callado, tu corazón sigue escuchando el suyo;

porque en la amistad, sin palabras, todos los pensamientos, deseos y expectativas nacen y se comparten con una alegría libre y desbordante.

Cuando despidas a tu amigo, no te apenes;

lo que más quieres de él puede ser más claro en su ausencia,
como la montaña para el alpinista se muestra más nítida desde la llanura.

Que ningún propósito guíe vuestra amistad salvo profundizar el espíritu,
porque el amor que busca algo fuera de sí no es amor, sino una red tendida, y sólo lo infructuoso queda atrapado.

Que lo mejor de ti sea para tu amigo.

Si debe conocer el reflujo de tu marea, que conozca también su flujo.

Porque, ¿Qué es un amigo para ser buscado en horas que matar?

Búscalo siempre en horas para vivir.

Porque él llena tus necesidades, pero no tu vacío.

Y que en la dulzura de la amistad haya risas y compartidos placeres,

pues en el rocío de las pequeñas cosas, el corazón halla su amanecer y se refresca.

Hablando

Entonces un erudito dijo, «Háblenos de Hablando».

Y él contestó, diciendo:

Hablas cuando dejas de estar en paz con los pensamientos;
y cuando jamás puedes vivir en la soledad de tu corazón
vives en tus labios, y el sonido es una diversión y un
pasatiempo.

Y en mucho de tu hablando, el pensar está medio asesinado.

Porque el pensar es un pájaro del espacio, que en una
jaula de palabras
muchas sí despliegan las alas, pero no pueden volar.

Hay algunos entre ustedes que buscan lo hablador por el
temor de estar solo.

El silencio de la soledad les revela a los ojos sus mismos
desnudos y quieren escaparse.

Y hay los que hablan, y sin conocimiento o pensamiento
revelan una verdad que ellos mismos no entienden.

Y hay los que tienen la verdad adentro, pero no la dicen
en palabras.

En el pecho de este tipo el espíritu vive en silencio rítmico.

Cuando te reúnes con tu amigo junto a la calle o en el
mercado,
deja que el espíritu dentro de ti te mueva los labios y te
dirija la lengua.

Deja que la voz dentro de tu voz le hable al oído de su oído;

Porque su alma guardará la verdad de tu corazón como el sabor de vino que se recuerda cuando se olvida el color y la vasija jamás existe.

El Tiempo

Y un astrónomo dijo, «Maestro, ¿qué del Tiempo?»

Y él contestó:

Medirías el tiempo, el sin límite y el inconmensurable.
Ajustarías tu comportamiento y hasta dirigir el rumbo de
tu espíritu
según horas y estaciones.

Del tiempo harías un arroyo en cuya orilla te sentarías y
mirarlo fluyendo.

Pero lo eterno dentro de ti es consciente de la eternidad de
la vida,
Y sabe que ayer sólo es la memoria de hoy y mañana es el
sueño de hoy.

Y lo que canta y considera dentro de ti todavía habita
dentro de los bordes de ese primer momento que salpicó
las estrellas en el espacio.

¿Quién de ustedes no siente que su poder de amar es sin
límite?

Pero, ¿quién no siente ese mismo amor, aunque es sin
límite,
contenido en el centro de su ser, y no moviéndose de pen-
samiento del amor a pensamiento del amor, ni de acto del
amor a otro acto del amor?

¿No es el tiempo como el amor, íntegro y sin ritmo?

Pero, si en tu pensamiento tienes que medir el tiempo por
estaciones,
que cada estación rodee todas las otras estaciones,
y que hoy abraze al pasado con recuerdo y al futuro con
anhelo.

El Bien y el Mal

Y uno de los ancianos de la ciudad dijo, «Háblanos del Bien y el Mal».

Y él contestó:

Del bien en ti puedo hablar, pero no del mal.

Porque, ¿qué es el mal sino el bien torturado por su propia hambre y sed?

Sí, cuando el bien tiene hambre, busca comida aun en cuevas oscuras,
y cuando tiene sed, bebe aun de aguas muertas.

Eres bueno cuando estás unido a ti.

Pero cuando no lo estás no eres malo.

Porque una casa desavenida no es un antro de ladrones; sólo es una casa partida.

Y una nave sin timón puede vagar sin rumbo entre islas peligrosas
más sin hundirse en el fondo.

Eres bueno cuando te esfuerzas en dar de ti.

Pero no eres malo cuando buscas ganar algo para ti.

Porque cuando te esfuerzas por obtener no eres sino una raíz que se aferra a la tierra y mama de su pecho.

Claro que la fruta no puede decirle a la raíz,
«Sé como yo, madura y completa y da siempre de tu abundancia».

Pues para la fruta dar es una necesidad, como recibir es una necesidad para la raíz.

pero no eres malo cuando duermes mientras tu lengua se tambalea sin propósito.

Y aun un habla tambaleante puede fortalecer una lengua débil.

Eres bueno cuando avanzas a tu meta, firme y con pasos valientes.

Pero no eres malo cuando te diriges cojeando hacia ella. Aun los que cojean no retroceden.

Pero ustedes que son fuertes y rápidos, cuídense de no cojear ante los cojos, creyendo que eso es amabilidad.

Eres bueno de innumerables maneras, y no eres malo cuando no eres bueno, sólo andas holgazán y perezoso.

Qué lástima que los ciervos no puedan enseñarles rapidez a las tortugas.

En tu anhelo por tu yo más elevado se halla tu bien: y ese anhelo está dentro de todos ustedes.

Sin embargo, en algunos ese anhelo es un torrente que se precipita con fuerza hacia el mar llevando los secretos de las colinas y las canciones del bosque.

Y en otros es un arroyo tranquilo que se pierde y se detiene en ángulos y curvas antes de alcanzar la orilla.

Pero no vaya a decirle el que anhela mucho a quien anhela poco:

«¿Por qué eres tan lento y vacilante?»

Pues el bueno de verdad no les pregunta a los desnudos,
«¿Dónde están tus prendas?»,

ni a los sin techo, «¿Qué ha pasado con tu casa?»

Pues el bueno de verdad no les pregunta a los desnudos,
«¿Dónde están tus prendas?»,
ni a los sin techo, «¿Qué ha pasado con tu casa?»

La Muerte

Almitra, entonces, habló, diciendo:
Os preguntaríamos ahora sobre la Muerte.

Y él respondió:
Desearíais conocer el secreto de la muerte.

Pero, ¿Cómo lo hallaréis si no lo buscáis en el corazón de la vida?

El mochuelo, cuyos ojos atados a la noche son ciegos en el día,
no puede descubrir el misterio de la luz.

Si, en verdad, queréis contemplar el espíritu de la muerte,
abrid de par en par vuestro corazón dentro del cuerpo de la vida.

Porque la vida y la muerte son una,
como el río y el mar que se funden en uno solo.

En el arcano de vuestras esperanzas y deseos reposa el conocimiento silencioso del más allá.

Y, como semillas soñando bajo la nieve, vuestro corazón sueña con la primavera.

Confiad en los sueños, pues en ellos el camino hacia la eternidad está escondido.

Vuestro miedo a la muerte no es más que el temblor del pastor
cuando se encuentra ante el rey, cuya mano va a posarse sobre él como honor.

¿No está acaso contento el pastor, bajo su miedo,
de llevar la marca del rey?

Porque, ¿qué es morir sino erguirse desnudo?

Y, ¿qué es dejar de respirar, sino liberar el aliento de sus inquietos vaivenes para que pueda elevarse, expandirse y, sin trabas, buscar a Dios?

Solo cuando bebáis del río del silencio cantaréis de verdad.

Y cuando alcancéis la cima de la montaña, es cuando comenzaréis a ascender.

Y cuando la tierra reclame vuestros miembros, será cuando bailaréis de verdad.

La Despedida

Y era ya la noche.

Almitra, la profetisa, dijo:
Sea bendecido este día, este lugar, y tu espíritu que ha hablado.

Él respondió:
¿Fui yo quien habló? ¿No fui también uno de los que escucharon?

Descendió las gradas del Templo y todo el pueblo lo siguió.
Al llegar a su barco, se irguió sobre el puente.

Mirando de nuevo a la gente, alzó la voz y dijo:
Pueblo de Orfalese: el viento me obliga a partir.
No tengo la prisa del viento, pero debo irme.

Nosotros, los trotamundos, buscando siempre el camino más solitario,
no comenzamos un día donde terminamos otro,
y no hay aurora que nos halle donde nos dejó el atardecer.

Viajamos aun cuando la tierra duerme.

Somos semillas de una planta tenaz;
en nuestra madurez y plenitud de corazón somos dados al viento, esparcidos por doquier.

Breves fueron mis días entre vosotros, y aún más breves las palabras que pronuncié.

Pero si mi voz se debilita en vuestros oídos y mi amor se desvanece en vuestra memoria, entonces volveré.

Y con un corazón más rico y labios

Y aunque la muerte me oculte y el gran silencio me envuelva,
buscaré de nuevo vuestra comprensión.

Y mi búsqueda no será en vano:

Si algo de lo que dije es verdad, esa verdad se revelará
con una voz más clara y palabras más cercanas a vuestros
pensamientos.

Me voy con el viento, pueblo de Orfalese, pero no hacia
la nada.

Y si este día no es la realización plena de vuestras necesidades y mi amor,
que sea una promesa hasta que otro día llegue.

Las necesidades del hombre cambian, pero no su amor,
ni el deseo de que este amor satisfaga esas necesidades.

Sabed, pues, que, desde el silencio más profundo, volveré.

La niebla que se aleja en el alba, dejando solo el rocío
sobre los campos,
se eleva y se convierte en nube para después caer en lluvia.

Y yo no he sido diferente de la niebla.

En la quietud de la noche caminé por vuestras calles,
y mi espíritu entró en vuestras casas.

Los latidos de vuestro corazón estuvieron en el mío,
vuestro aliento se posó en mi rostro y os conozco a todos.

A menudo, fui entre vosotros como un lago entre montañas,

reflejando vuestras cumbres, vuestras laderas,

y hasta el pasar de vuestros pensamientos y deseos, en manadas.

Y vino a mi silencio la risa de vuestros niños en torrentes,
Y cuando llegaron al fondo de mi ser,
los torrentes y ríos no dejaron de cantar.

Pero algo más dulce aún que las risas,
más grande que los anhelos, llegó a mí.

Fue lo ilimitado en vosotros.

El hombre inmenso del que apenas sois células y nervios,
aquel en cuyo canto todo vuestro cantar es solo un latido sordo.

Es en el hombre inmenso, en el que sois inmensos.
Y es al mirarlo que os vi y os amé.

Porque, ¿qué distancias puede alcanzar el amor
que no estén en esa esfera inmensurable?

¿Qué visiones, qué presunciones pueden superar ese vuelo?

Como un roble gigante cubierto de flores de manzano es
el hombre inmenso en vosotros.

Su poder os ata a la tierra,
su fragancia os eleva al espacio,
y en su durabilidad, sois inmortales.

Se os ha dicho que, como una cadena, sois tan fuertes
como vuestro eslabón más débil.

Eso es solo una verdad a medias.

Sois también tan fuertes como vuestro eslabón más fuerte.

Mediros por vuestra más pequeña acción es como medir el poder del océano por la fragilidad de su espuma.

Juzgaros por vuestras fallas es como culpar a las estaciones por su inconstancia.

¡Ay! Sois como un océano.

Y aunque barcos pesados aguardan la marea en vuestras playas,
como el océano, no podéis apresurar las mareas.

Y sois también como las estaciones.

Aunque en vuestro invierno neguéis la primavera,
la primavera, reposando en vosotros, sonríe en su ensoñación
y no se ofende.

No penséis que os hablo así para que os digáis entre vosotros:

“Nos alabó. No vio más que lo bueno que hay en nosotros.”

Solo os digo con palabras lo que sabéis en pensamiento.

Vuestros pensamientos y mis palabras son ondas de una memoria sellada,
que guarda el registro de nuestros ayer.

De los antiguos días, cuando la tierra no nos conocía ni se conocía a sí misma.

Y de las noches cuando la tierra estuvo atormentada en confusión.

Sabios vinieron a vosotros a dar su sabiduría.

Yo he venido a tomar de la vuestra.
Y he hallado lo que es más grande que la sabiduría misma:
un espíritu ardiente en vosotros que reúne cada vez más
de sí mismo,
mientras vosotros, ausentes de su expansión, lloráis el
marchitar de vuestros días.

Es la vida buscando vida en los cuerpos que temen la
tumba.

No hay tumbas aquí.

Estas montañas y llanuras son cuna y peldaño.

Yo he venido a tomar de la vuestra.
Y he hallado lo que es más grande que la sabiduría misma:
un espíritu ardiente en vosotros que reúne cada vez más
de sí mismo,
mientras vosotros, ausentes de su expansión, lloráis el
marchitar de vuestros días.

Es la vida buscando vida en los cuerpos que temen la
tumba.

No hay tumbas aquí.

Estas montañas y llanuras son cuna y peldaño.

mirad bien y os veréis a vosotros mismos,
y a vuestros hijos danzando de la mano.

En verdad, os divertís a menudo sin saberlo.

Otros han venido a quienes, por doradas promesas hechas
a vuestra fe,
habéis dado riquezas, poder y gloria.

Menos que una promesa os he dado yo, y, sin embargo, habéis sido generosos conmigo.

Me habéis dado la sed más profunda para mi vida futura.

No hay regalo mayor para un hombre que aquel que convierte todos sus anhelos en labios sedientos y toda su vida en una fuente fresca.

Y allí reside mi honor y premio:

Que cada vez que voy a la fuente a beber, encuentro el agua viva, sedienta también;

y ella me bebe mientras yo la bebo.

Algunos me habéis juzgado orgulloso y demasiado esquivo para aceptar regalos.

Soy, en verdad, demasiado orgulloso para recibir salario, pero no regalos.

Aunque he comido bayas entre las colinas, cuando quisisteis sentarme a vuestra mesa,

y dormido en el pórtico del templo cuando me acogisteis gozosamente,

¿No fue acaso vuestro cuidado amante de mis días y noches?

Os bendigo aún más por esto:

Vosotros dais mucho y no sabéis qué dais.
Verdaderamente, la bondad que se mira en un espejo se convierte en piedra.

Y una buena acción que se llama a sí misma con nombres

tiernos
se transforma en pariente de una maldición.
Algunos me han llamado solitario y embriagado en mi
aislamiento,
diciendo:

*“Se consulta con los árboles del bosque, pero no con los
hombres.
Se sienta, solitario, en las cumbres de los montes y mira
nuestra ciudad a sus pies.”*

¿Cómo podría haberos visto sino desde una gran altura o
distancia?

¿Cómo se puede estar cerca, si no es estando lejos?

Y otros, entre vosotros, me han llamado sin palabras,
diciendo:

“Extranjero, extranjero, amante de cumbres inalcanza-
bles,
¿Por qué habitas entre las cimas donde anidan las águ-
ilas?
¿Por qué buscas lo insostenible?

¿Qué tormentas quieres atrapar en tu red?
¿Y qué vaporosos pájaros cazas en el cielo?

Ven y sé uno de nosotros.
Desciende y calma tu hambre con nuestro pan,
apaga tu sed con nuestro vino.”

En la soledad de sus almas decían esas cosas.

Pero si su soledad hubiera sido más profunda,
habrían sabido que buscaba el secreto de vuestra alegría y
dolor,
Pero el cazador fue también cazado.

Porque muchas de mis flechas dejaron mi arco solo para buscar mi propio pecho.

Y el que volaba, también se arrastró.

Porque cuando mis alas se extendían al sol,
su sombra sobre la tierra fue una tortuga.

Y el creyente fue también escéptico.

Porque he puesto a menudo mi dedo en mi propia herida
para poder
creer más en vosotros y conoceros mejor.

Y es con esa fe y ese conocimiento que os digo:

No estáis encerrados en vuestro cuerpo, ni confinados a
vuestras casas o campos.

Aquello que habita en vosotros sobre las montañas y pasea
con el viento,
no es esa cosa que se arrastra bajo el sol buscando calor,
ni excava agujeros en la oscuridad buscando refugio.

Sino algo libre, un espíritu que envuelve la tierra y se
mueve en el éter.
Si estas palabras son vagas, no busquéis aclararlas.

Vago y nebuloso es el principio de todas las cosas, pero
no su fin.
Y yo deseo que me recordéis como un comienzo.

La vida y todo lo que vive son concebidos en la bruma y
no en el cristal.

¿Y quién sabe si el cristal no es la decadencia de la bruma?

Deseo que recordéis esto al recordarme:

Lo que parece más débil y turbado en vosotros es lo más fuerte y determinado.

¿No es vuestro aliento el que ha erigido y endurecido la estructura de vuestros huesos?

¿Y no es un sueño, que ninguno de vosotros recuerda haber soñado,
el que edificó vuestra ciudad e hizo todo lo que en ella hay?

Si pudierais ver las mareas de ese aliento, dejaríais de ver todo lo demás.

Y si pudierais oír el murmullo del sueño, no oiríais ningún otro sonido.

Pero no veis ni oís, y eso está bien.

El velo que nubla vuestros ojos será levantado por las manos que lo hilvaron.

Y la arcilla que llena vuestros oídos será horadada por aquellos dedos que la amasaron.

Y veréis.
Y oiréis.

Y no deploraréis haber conocido la ceguera,
ni sentiréis haber estado sordos.

Porque ese día conoceréis el propósito escondido de todas las cosas.

Y bendeciréis la oscuridad como bendecíais la luz.

Dicho esto, miró a su alrededor y vio al piloto de su barco, de pie ante el timón, mirando ora a las hinchidas velas,

ora a la distancia.

Dijo:

Paciente, más que paciente, es el capitán de mi barco.

El viento sopla y las velas están inquietas.
Aún el timón solicita una ruta.

Y, sin embargo, tranquilamente, mi capitán espera mi silencio.

Y esos marineros, que han oído el coro del inmenso mar, también deben oírme pacientemente.

Pero no esperarán ya.

Estoy presto.

La corriente ha llegado al mar,
y una vez más, la gran madre aprieta a su hijo contra su pecho.

Adiós, pueblo de Orfalese.

Este día ha terminado.

Se cierra sobre nosotros como un nenúfar que cierra su propio mañana.

Guardamos lo que aquí nos fue dado.

Y si no es suficiente, nos reuniremos de nuevo
y juntos tenderemos nuestras manos hacia el dador.

No olvidéis que volveré hacia vosotros.

Un momento, no más, y mi anhelo reunirá espuma y polvo

para otro cuerpo.

Un momento, un respiro en el viento,
y otra mujer me llevará consigo.

Adiós a vosotros y a la juventud que he pasado con vosotros.

Fue ayer que nos encontramos en mi sueño.

Habéis cantado para mí en mi soledad,
y yo, de vuestras ansias, he edificado una torre en el cielo.

Pero ahora nuestro sueño se ha ido,
ya no es aurora, sino mediodía,
y nuestra somnolencia se ha convertido en día pleno,
y debemos separarnos.

Si en el crepúsculo del recuerdo nos encontráramos otra vez,
hablaremos de nuevo y me cantaréis una canción más honda.

Y si nuestras manos se unieran en otro sueño,
levantaremos otra torre en el cielo.
Diciendo esto, hizo una seña a los hombres de mar,
inmediatamente ellos levantan anclas, sueltan amarras y se dirigen al este.

Un grito nació de la gente, como un solo corazón,
se elevó en el crepúsculo y se extendió sobre el mar,
como un sonar de trompetas.

Solo Almitra estaba silenciosa, siguiendo el barco con los ojos
hasta que se perdió en la niebla.

Cuando toda la gente se dispersó, ella permaneció sola, sobre el muro que da al mar, recordando en su corazón lo que él dijo:

“Un momento, un respiro en el viento, y otra mujer me llevará consigo.”

Este libro fue editado
por la Fundación Ediciones Clío
en Maracaibo Venezuela julio de 2025

El Profeta



La obra cumbre de *Gibran Kahlil Gibran*, es un canto atemporal al alma humana. Escrito con la fuerza de la poesía mística y la profundidad del pensamiento filosófico, este libro condensa en una serie de discursos breves las preguntas esenciales de la existencia: El amor, el dolor, el trabajo, la libertad, la muerte. Desde la ciudad ficticia de Orfalís, el sabio Almustafá se despide de su pueblo con palabras que son al mismo tiempo revelación y consuelo. Con una prosa luminosa y una cadencia poética que atraviesan culturas y generaciones, Gibran nos invita a mirar hacia adentro, a abrazar la totalidad de nuestra experiencia humana con humildad y asombro.



Ediciones
Clío